

dias y todos los incendios producidos por la división serán extinguidos» (1).

El papa es vencedor. Sus partidarios exaltaron la victoria de la Iglesia sobre este emperador *que era el terror del mundo*, sobre este hombre *que era fuerte como un león* (2). ¿Merecía la victoria estos cantos de triunfo? Más bien era una señal de su debilidad, puesto que el papa no venció á su indomable adversario como jefe de la Iglesia, sino como jefe de la liga lombarda; las armas espirituales no tuvieron ya el poder que habían tenido en manos de Gregorio VII. Alejandro III excomulgó al emperador; pero en vano desligó á los Alemanes del juramento de fidelidad, porque los laicos y los obispos mismos no cesaron de obedecer al emperador, aunque fuese excomulgado (3), y no vaciló la corona en la cabeza de Federico. No era firmeza de espíritu lo que faltaba á Alejandro; pero había en la posición que el papado ambicionaba una contradicción que encadenaba á aquel héroe del catolicismo. Los papas pretendían dominar sobre los reyes, y, sin embargo, en la lucha que comprometían con ellos tenían necesidad de la ayuda del poder temporal. Cuando combatían con un príncipe, tenían que contemporizar con otro; esta debilidad del poder espiritual sobresalió en la larga querrela que dividió al rey de Inglaterra y al arzobispo Tomas Becket. Alejandro empezó por favorecer á Enrique II, intimando á los obispos á aceptar y observar todas las leyes del rey de Inglaterra, cualesquiera que fuesen (4), por lo que Enrique conservó siempre un partido poderoso en la corte de Roma (5). El arzobispo y los suyos se lamentan amargamente, y hasta llegan á acusar al papa de prolongar su destierro, para hacer á sus expensas

(1) *Litteræ principum de confirmatione pacis inter Ecclesiam et Imperium*, en la vida de Alejandro III (MURATORI, t. III, p. 472).

(2) Palabras de JUAN DE SALISBURY (*Epist.* CCLIV). «Vidimus vidimus hominem, qui conseruat esse sicut. Leo in domo sua... latebras querere... illum, illum Imperatorum qui totius orbis terror fuerat, utinam vidissetis ab Italia fugientem cum ignominia sempiterna» (*Biblioth. Max. Patrum*, XXIII, 513).

(3) FLEURY, *Hist. ecclésiastique*, lib. LXXIII, § 7.
(4) «Ut ipse pacem cum domino suo rege Angliæ faceret et leges suas sine aliqua exceptione custodiendas promitteret» (ROGER DE HOVEDEN, p. 499).

(5) El obispo de Poitou escribe á Tomas que no debe esperar apoyo alguno de Roma (*Epist. S. Thom. Cantuar.*, XI, en BOUQUET, XVI, 219): «Nihil est quod de curia in aliquo quod regem offendere debeat, ex spectetis.»—C. *Epist. Thom. ad Alexandrum Pap.* 165, en BOUQUET, XVI, 240: «Mirum est et omni stupore dignum, quod apostolicæ majestatis potius quam nostri nominis persecutor, se in causa tali plures apud vos gloriatur inuenisse et habere fautores.»

un tratado mejor con el rey (1). La doblez romana arranca un grito de dolor al mártir: «En vuestra Iglesia de Roma, dice, el partido de Dios es siempre sacrificado; Barrabas se salva y Cristo es condenado á muerte» (2). La causa de Becket no triunfó más que por el horrible asesinato de que fué víctima.

La victoria de Lignano no podía poner fin á la lucha del sacerdocio y del imperio. La verdadera concordia era una utopía. ¿Cómo había de ser posible la armonía entre dos poderes que pretendían ser igualmente soberanos? Federico es vencido; pero subsiste el imperio, porque el emperador lega á su raza sus pretensiones y su poder. El papado va á gobernar la cristiandad bajo el glorioso pontificado de Inocencio III; pero el apogeo de su poder es al mismo tiempo el principio de una ruina. La lucha va á comenzar más furiosa que nunca, y no cesa sino cuando ya no hay imperio ni casi pontificado.

SECCION 2.ª

INOCENCIO III.

§ I.—La monarquía papal.

Gregorio VII pretendía tener derecho á la soberanía de todos los reinos del Occidente; Inocencio pareció realizar esta alta ambición, disponiendo de la primera dignidad del mundo cristiano, del imperio, y haciendo y deshaciendo reyes; los príncipes iban á poner su corona á sus piés; y á los que le resistían, les doblegaba bajo su voluntad. Jamás había ejercido el papado una dominación tan universal; sus contemporáneos decían que si Inocencio hubiera vivido diez años más, habría sometido toda la tierra á su poder (3). Contemplemos esta monarquía pontificia; los hombres del pasado la idealizan y echan de ménos el tiempo feliz en que el papa, árbitro de la cristiandad, ga-

(1) Carta de JUAN DE SALISBURY, el amigo íntimo de Tomas (BOUQUET, XVI, p. 552 y sig.).—C. *Epist. Thom. ad Moguntin. Archiepisc.* (*Epist.* XCIX, Bouq., XV, 286): «Capta est urbs inclita que jam fere totum subegerat orbem, subversa humanæ gratiæ auiditate... Proh dolor! fit undique spendium libertatis Ecclesiæ, compendio temporalium... Prostituta est ut fornicaria... fornicatur cum ea quilibet potentum...»

(2) *Epist.* CCLVI, *Thom. ad Albert. Cardinal.* (BOUQUET, XVI, página 416).

(3) *Memoriale potestatum Regniens.*, en MURATORI, *Script. rer. Ital.*, t. VIII, p. 1078: «Iste fuit potens in opere, in tantum ut si viveret magis per decennium, totum mundum subjugasset.»

rantizaba la libertad de los pueblos juntamente con los derechos de los príncipes, mantenía la paz y armonía entre las naciones cristianas y guiaba á la humanidad por la vía de salvación. Veamos si los hechos corresponden á estos sentimientos.

Si el papado tenía el poder de dar la unidad, la paz y la armonía al mundo, Inocencio hubiera debido realizar este fin supremo de la humanidad. Llega despues de Gregorio VII, cuando la Iglesia está reformada, cuando nadie disputa á la santa sede la dominación espiritual, y cuando, aún en el orden temporal, ha llegado á ser creencia general la superioridad del sacerdocio sobre la monarquía: «El poder de los reyes, se decía, tiene su principio en los hombres violentos, al paso que la Iglesia está fundada por Dios (1); supuesto que el papa ocupa el lugar de Dios, debe asimismo ejercer la omnipotencia» (2). Inocencio tiene la firme convicción de que le corresponden el imperio de las cosas espirituales y el de las temporales, y su genio está á la altura de su ambición. Parece que la Providencia le allana el camino, poniendo fin á la vida del jefe de la casa Hohenstaufen, enemigo nato de la santa sede. El heredero de Enrique IV es un niño. Alemania, presa de la anarquía, está á merced de la santa sede. Inglaterra, gobernada por un príncipe, juguete de viles pasiones, que se hace vasallo del papa. El rey de Francia, hollando la moral, subleva contra sí la opinión pública y da armas al papado, y los demás príncipes, ante las usurpaciones de Inocencio, se colocan con gusto bajo la protección de aquel que dispone de los reinos.

Tal es el espectáculo que presenta el pontificado de Inocencio III; sin embargo, el gran papa no ha llegado á constituir la monarquía papal, fin de su ambición, y su omnipotencia no es más que aparente. Si triunfa en Alemania, es gracias al asesinato de Felipe de Suabia, no por la influencia de las armas espirituales; y apenas vence, cuando se ve obligado á volver las armas contra su protegido y á dar la mano á Federico, enemigo mortal de la santa sede. En Inglaterra tiene enfrente un prínci-

(1) HUGO FLORIACENSIS, *De regia potestate et sacerdotali dignitate*, en BALUZE, *Miscell.*, lib. IV, p. 9. HUGO combate esta doctrina, pero confiesa que está generalmente extendida (*longe late que diffunditur*).

(2) *Memoriale potest. Regniens.* (MURATORI, t. VIII, p. 1078): «Nam Romanus Pontifex habet utrumque gladium, quia tenet locum Dei viventis á quo utraque potestas data est.»

pe débil y barones poderosos; el príncipe se hace vasallo de Roma, pero los barones se resisten y fundan la libertad inglesa á pesar del soberano pontífice. Francia obedece la voz de Inocencio, porque, reduciendo á Felipe Augusto á su deber, es el órgano de la justicia eterna; pero Francia entiende no deberse doblegar bajo el yugo de Roma, y ya el rey y sus barones reivindicán la independencia temporal, que más tarde había de ser consagrada por San Luis.

En medio de las victorias del papado se verifican hechos que anuncian la decadencia de su poder; el de los soberanos pontífices era esencialmente un poder de opinión; ahora bien, los sentimientos de los hombres toman otra dirección, dejando de ser exclusivamente religiosos y emancipándose del poder espiritual. Inocencio, despues de grandes esfuerzos para armar á Europa contra Asia, logró formar un nuevo ejército de cruzados; ¿cuáles son las empresas de aquellos guerreros señalados con la Cruz de Cristo? Atacan una ciudad cristiana, á pesar de los consejos y á despecho de las excomuniones del papa (1). Inocencio maldice la toma de Zara como obra del demonio, y prohíbe á los cruzados, obligándoles bajo juramento, atacar á un Estado cristiano: «Guárdense de invadir el imperio griego bajo pretexto del cisma; que no han tomado las armas para castigar á los cristianos, sino para vengar el óprobio del Crucificado» (2). ¡Vanas amenazas! En vez de libertar á Jerusalem, arrancan los cruzados á Constantinopla de manos de príncipes cristianos, y no es ya el sepulcro de Cristo, sino intereses materiales los que los atraen. El movimiento de los espíritus es todavía más amenazador dirigiéndose al dogma, á la supremacía del papa. Inocencio ahoga las herejías en olas de sangre; pero esta sangre pide venganza, y las llamas de las hogueras son fatales para aquellos que las encienden. El espíritu de secta había de sobrevivir á la matanza de los Albigenses y dar lugar á la reforma de Lutero.

¿Por qué no consiguió Inocencio constituir la monarquía papal? Los partidarios de la Edad Media se forman una falsa idea de los hechos, y cons-

(1) INOCENCIO escribió á los cruzados (*Epist.* v. 162): «Cum crucem tuleritis propter Christum, in eum arma postmodum convertistis, et qui debueratis Saracénorum provinciam expugnare, Christianorum Jaderam occupastis.» C. *Gest. Innocent.*, c. LXXXV y siguientes.

(2) *Gesta Innocent.*, c. LXXXIX.

truyen con estos errores una teoría igualmente errónea (1). La monarquía papal no ha realizado jamás la unidad, la armonía ni la libertad de los pueblos. El imperio del pontificado es una dominación á la cual ha faltado siempre fuerza para dar autoridad á sus pretensiones. En vano Inocencio proclama con lenguaje impetuoso su divina supremacía sobre los reyes, porque no tiene el poder de impedir sus disensiones y sus guerras; la excomunión misma no inspira ya el terror que infundía en tiempo de Gregorio VII. Felipe de Suabia, excomulgado, continúa la lucha con Oton, protegido del papa, siendo sostenido por los príncipes y aun por los obispos. Inocencio llama á todos los cristianos á libertar el sepulcro de Cristo, y envía la paz á los reyes, para unirlos contra el enemigo del nombre cristiano; pero ya la religión influye ménos en los príncipes que la ambición, y rechazan casi con desden la intervencion de la santa sede; hé ahí cuál era la paz y la armonía del mundo cristiano. ¿Defendió mejor el pontificado la libertad de los pueblos? El siglo XIII es la aurora de la libertad en Europa; el gobierno constitucional data de 1214. ¿Se decidió Inocencio por los barones que reclamaban garantías contra su miserable rey? Los rayos de Roma hirieron á aquellos que arrancaron la Carta Magna al vasallo del papa. Hé ahí cómo el papado garantiza la libertad.

El papado no podía asegurar ni el desarrollo de la inteligencia, ni la paz, ni la libertad; puesto que descansa en la fe en un dogma inmutable, ¿cómo ha de favorecer el progreso de la razón? Las hogueras de los herejes, encendidas por Inocencio, y la inquisición, fundada por él, dicen cuál fué la solicitud del pontificado por la libertad del pensamiento. En cuanto á la unidad y armonía, suponen la existencia de naciones independientes; y ¿cómo puede existir la independencia de las naciones, cuando su soberanía está absorbida por la soberanía de los papas? ¿Cómo había de establecerse la paz por un poder que, aunque sea el órgano de una religión de caridad, necesita, para imponer la paz, dirigirse á los mismos que quieren la guerra, sin tener otras armas que los rayos espirituales? En realidad, el pontificado no tiene más que una sola misión, la de ser el lazo necesario de la Iglesia,

(1) «La libertad, hija de la Iglesia y madre de la civilización» (DE FALLOUX, *Hist. de Pio V*).

llamado á moralizar los pueblos; é Inocencio ha sido fiel á esta alta vocación; es más grande cuando protege á la esposa desamparada de Felipe Augusto que cuando hace y deshace reyes.

§ II.—El poder espiritual y el poder temporal.

Las pretensiones de los papas al poder temporal han alejado de la santa sede á los reyes celosos de su soberanía y á los pueblos celosos de su independencia. Los defensores del catolicismo, deseosos de conducir á los espíritus á la unidad católica, tratan de persuadirlos de que la ambición de la Iglesia es una falsa invención; según ellos, jamás han pensado los papas en usurpar el poder temporal, no pretendiendo más que el poder espiritual; y si han ejercido una acción en las cosas temporales, es una acción indirecta que se desprende de la autoridad espiritual. Los derechos reivindicados por Gregorio VII son ya poco compatibles con la teoría del poder indirecto: ¿es un poder indirecto el que ejerce Gregorio exigiendo á Guillermo el Conquistador el juramento de vasallo? ¿Es al papa como jefe de la Iglesia á quien el emperador de Alemania presta fe y homenaje? ¿Es como sucesor de los apóstoles como Gregorio se llama soberano de todos los Estados de la cristiandad? Convenimos en que para Gregorio, la ambición temporal era una cosa secundaria, esto es, un medio para alcanzar un fin más elevado, la independencia de la Iglesia, la plenitud del poder espiritual y la dirección moral de la sociedad cristiana; pero bajo Inocencio, la lucha por la reforma de la Iglesia y por su independencia ha cesado; el celibato es aceptado por el sacerdocio, y el emperador no ejerce el derecho de investidura. ¿Cuál es, pues, el fin de la actividad devoradora que despliega el gran papa, de sus luchas en Italia, en Alemania, en Francia y en Inglaterra? Inocencio no combate por la libertad de la Iglesia, sino por su dominación. Él mismo nos dejará conocer sus sentimientos sobre la supremacía del poder espiritual y sobre el derecho del papado al gobierno del mundo.

Inocencio no dice, como Gregorio, que la monarquía tiene principio en el demonio; pero desprecia tanto como él el poder temporal. «El primer gobierno del pueblo de Dios, dice, ha sido el régimen sacerdotal.» Este régimen es de mandato divino; Dios dice á Moisés: «Tomarás á Aaron, tu hermano, y sus hijos, y los separarás de los demás hijos

de Israel, para que me sirvan de sacerdotes.» ¿Por qué el gobierno sacerdotal establecido por Moisés es sustituido por la monarquía? Dios dice á Samuel: «Tu pueblo pide un rey; no es á tí á quien rechaza, sino á mí.» Si Dios concede á los Judíos su petición, es en medio de su cólera; la monarquía es un castigo (1). Esta concepción del sacerdocio y del imperio establece entre las dos instituciones la distancia infinita que separa las obras divinas de los errores humanos (2); ¡por esto, pues, marca la Sagrada Escritura tal diferencia entre los sacerdotes y los reyes! «Según el derecho divino, los sacerdotes y los reyes son ungidos; pero el sacerdote unge al rey. Ahora bien, el que da la uncción está más alto que el que la recibe, porque Jesucristo dice: *El padre que le ha ungido según su divinidad es más grande que aquel que ha sido ungido según su humanidad*. El señor llama dioses á los sacerdotes y príncipes á los reyes; éstos tienen poder sobre la tierra; los sacerdotes tienen poder sobre la tierra y el cielo. Los reyes tienen acción sobre los cuerpos; los sacerdotes sobre los cuerpos y las almas.» Esto, en cuanto á la esencia de la monarquía y la Iglesia; comparados por la extensión de su poder, resulta que «cada rey está establecido en un reino; San Pedro supera á todos por la plenitud de su autoridad, porque *es el vicario de Aquel á quien pertenecen la tierra, el universo y todos los que le habitan*» (3).

Inocencio se complace en comparar el papado al sol á el imperio á la luna, para señalar cuán superior es el vicario de Cristo á los reyes: «El Creador ha establecido en el firmamento de la Iglesia universal dos dignidades; la más considerable, el pontificado, preside á las almas, como el sol á los días; la menor, la monarquía, preside los cuerpos, como la luna á las noches. Los papas aventajan á los reyes tanto como el sol á la luna. La luna recibe su luz del sol, quedando inferior á él por su calidad, por su cantidad, por su situación y por su efecto; y del mismo modo *el poder real toma de la autoridad de los papas el esplendor de su dignidad*» (4). Hoy nos cuesta trabajo comprender la

(1) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii*, Epist. VIII (en las *Cartas de Inocencio*, edic. de BALUZE).

(2) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii*, Epist. VIII: «Sacerdotium institutum fuit per ordinationem divinam, regnum autem per extorsionem humanam.»

(3) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii*, Epist. VIII.

(4) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii*, Epist. I, 401:—Epist. ad Imperii Constantin. (en los *Gesta Innocent.*, c. LXIII).

importancia que en la Edad Media se daba á esta alegoría. ¿Cómo podía buscarse el fundamento del poder pontifical en una comparación tan arbitraria? El siglo XIII no tenía ninguna dificultad en admitir estos singulares argumentos; pero poco importan las razones en que se fundaba la supremacía del papado; lo que importa es la idea que los papas se forjaban de su autoridad. Inocencio dice y repite que el soberano pontífice no es el representante de un hombre, sino el órgano del verdadero Dios sobre esta tierra (1); ante el papado elevado á esta altura, el poder temporal desaparece y se borra como el hombre ante Dios, como lo finito ante lo infinito. La distinción de los poderes no es más que nominal: «Dios, dice Inocencio III, ha dado á San Pedro la misión de gobernar, NO SOLAMENTE LA IGLESIA UNIVERSAL SINO TAMBIÉN EL SIGLO ENTERO» (2). En definitiva, no hay más que un soberano, el papa.

§ III.—Dominación universal de Inocencio.

N.º 1.—Inocencio y los reyes.

El pontificado de Inocencio pareció realizar esta ambiciosa concepción del papado, comenzando por emancipar el patrimonio de San Pedro de la dominación alemana. Él es quien consolidó el poder temporal de la santa sede, cuyos fundamentos había echado Carlo-Magno. El papado tenía sus títulos en las donaciones carolingias y de la condesa Matilde; pero le faltaban fuerzas para hacerlos valer. Los Hohenstaufen disponían del patrimonio de San Pedro como si no hubiese vicario de Cristo. En Roma no se sabía quién debía mandar ni quién obedecer, estando en colisión los derechos del papa con los del emperador y con las aspiraciones republicanas de los ciudadanos; pero al día siguiente de su consagración, Inocencio absolvió al prefecto imperial de su juramento al emperador, y le exigió pleito homenaje, poniendo fin al mismo tiempo á la sombra que había de libertad romana con destituir al senador, órgano de la ciudad (3). Inocencio, dueño de la Ciudad Eterna, se prepara para ser el dueño del universo.

(1) INNOCENT., *Registr. de negot. Imperii*, Epist. I, 335: «Romanus pontifex non puri hominis, sed veri Dei vicarius appellatur.» (C. *Registr. de negot. Imperii*, Epist. LVII).

(2) INNOCENT., Epist. II, 200: «Dominus Petro non solum universam Ecclesiam, sed totum reliquit seculum gubernandum.»

(3) *Gesta Innocent.*, c. VIII.